

serpiente de Quetzalcoált, en mis conocidos que viven en Barcelona y si alguno de ellos habrá leído *Un mundo feliz*. Luego supe algo que no sabía hasta entonces y que el libro me iría revelando en los siguientes días en que lo abordé: que nunca había jugado un juego de vídeo y que afortunadamente no supe de *Nefando*, porque habría sido su incondicional.

Estos hombres, estas mujeres, sus presas y sus variantes saben algo maravilloso, saben que bigamia es amar y soñar. Y que hacerlo a la vez nos mantiene con los deditos ansiosos y las palmas picándonos, sabiendo que a nuestras manos les falta algo, acaso esta novela. Mónica Ojeda ha armado el caos. Lo ha hecho aprisa. Un caos que de tanto regodearse en sí mismo deviene orden. Lo hace para pedirle que no la vea todavía y que le permita decir lo que las palabras todavía no saben decir.

*Carlos Vásquez*

**Ernesto Carrión,  
*Tríptico de la ciudad,*  
Guayaquil, Manzana  
Bomb! Ediciones,  
2016., 188 p.  
*Ciudad pretexto,*  
Guayaquil, Manzana  
Bomb! Ediciones,  
2016, 94 p.**

El irreverente y prolífico Ernesto Javier Carrión Castro (Guayaquil, 1977) ha pasado de una radicalidad lírica militante del descaro, sustentada en más de quince libros de poesía, a la construcción de un mundo narrativo, procedente de recursos vitales propios y con un ánimo de saldar cuentas con el pasado, puesto que navega en aguas de la ambigüedad entre lo que sucedió y lo que narra en la ficción novelesca, entre historia y ficción. De igual modo, la acumulación de galardones (doce hasta ahora) ha conllevado que Carrión deje de ser el *enfant terrible* de las letras ecuatorianas, una alternativa a los cauces del discurso literario convencional y obtenga un lugar propio en el canon ecuatoriano actual, alentado por los medios de comunicación pero no por la escasa crítica académica.

La novela *Tríptico de la ciudad*, publicada por la ecuatoriana

Manzana Bomb! Editores, está protagonizada por Pablo Paredes, un estudiante de Psicología, y por Mariano Torres, estudiante de Comunicación Social, “flaco, de cabello negro y ensortijado que acomoda debajo de una boina que usa, de modo permanente, al estilo del Che”. Mientras Pablo pretende hacer un documental de fin de carrera sobre la transexualidad en Guayaquil, Mariano se enrola en un trabajo sobre los días que el Che pasó en la ciudad costera en 1953 y ambas investigaciones se cruzan hasta el punto de conectar al Che con los homosexuales guayaquileños.

En el ambiente de Guayaquil flotan sin rumbo cadáveres sin rosas, pero con resaca de madrugada urbana y teñidos por la penumbra de un bar. Guayaquil es una marea que cubre en una noche las huellas de otras mareas sobre el conflictivo asfalto de la vida, borradas sin dejar rastro ni delatar al autor. Guayaquil es “una ciudad que no quiere mirar de frente su reflejo”, un municipio de “dibujo apabullante y caluroso” y esta obra muestra ese Guayaquil abrasado, de las pensiones baratas y de los pésimos jugos de naranja, de ese Guayaquil indolente que aguarda la puesta del sol, guarecido por palmeras y atiborrado de aire estancado, de ese Guayaquil donde las ratas pasean por el malecón bordeando bultos en venta. Carrión se conforma con exponer

Guayaquil mediante la percepción de lo narrado a partir de una anécdota al mismo tiempo real e inventada, que va incrementando el oropel narrativo. Historia y ficción. La Newyorkina, Valeska y Marilyn son nombres de personajes travestidos y por medio de ellos Carrión saca a la luz la impunidad de las muertes de los transexuales, que la sociedad orilla. Violencia y deseo. Un diálogo con la vida, un diálogo con la realidad, pero no un diálogo con Guayaquil porque no es esta la crónica de un tiempo ni de una ciudad, porque no se cuestiona la esencia de una ciudad inevitable y porque la única ciudad real es –y es solo– la que llevamos dentro. Capítulos alternados, vidas entrecruzadas y dos personajes, Mariano y Pablo, que deambulan por los recodos de un pensamiento disparatado poco convincente por sí mismo, un artefacto poco pertinente que busca “la materia disfrazada de la historia y su corteza real” en palabras de Pablo.

La consolidación de la identidad del Che emparentada con el ánimo revolucionario aún soslayado implica una evolución que confunde a nuestros protagonistas, porque no hallan el detonante de la misma y no descubren el papel que juega Guayaquil en todo esto, aunque sí saben que en Guayaquil el Che modifica el rumbo de su vida, cambia un trabajo en Venezuela por presenciar la revolución en

Guatemala, que le llevará a conocer a Fidel Castro. Ernesto Carrión narra lo que su desobediencia constructiva le dicta, lo que su terapia vital le hace escribir y lleva a cabo unas precarias expediciones de la memoria por los paisajes del pasado a modo de rendición de cuentas.

William Lee Burroughs, trasunto de William S. Burroughs, homosexual adinerado, elegante heroinómano, y Ernesto Guevara, de 25 años, andrajoso y mísero, protagonizan *Ciudad pretexto*, segunda obra de la trilogía. Lee era “extremo, arrebatado y polémico” a ojos de Guevara y este es un alergólogo argentino de paso por Guayaquil. Los dos son escritores por convicción y aventureros de diferente condición. Si Guevara gusta de Jack London y Walt Whitman, Lee gusta de buscar “la acción invisible de la psiquis” y cree que la vida se asemeja a la continua extinción del presente; si Ernesto busca construir su yo, Lee intenta mediante artificios estupefacientes revisar su pasado, ese pasado que no se puede modificar, para entenderse mejor; si Ernesto pretende “desplazarse a otro país para mirar otra realidad con los mismos ojos y luego conseguir unos ojos nuevos para mirar el recorrido y entender el viaje”, Lee obedece al sistema impresión-emoción-experiencia siendo la experiencia el particular modo de conocerse y reconocerse

en el mundo que le rodea, en lo pasajero.

A Ernesto “le interesaba alcanzar una identidad como un blanco río que se remontara por todas partes”, a Lee “la realidad destruida por la realidad. Exterminarla dentro de un texto. O ser yo mismo y divertirme mientras el mundo sigue incendiándose sin que a nadie le importe”. Atrapado por las deudas, Ernesto le sigue el juego a Lee (a pesar de la inexistente afinidad entre ambos) porque no tiene otra opción, aunque intenta sacarle provecho a esa peculiar convivencia. Carrión busca en el pasado para explorar el presente poniendo a ambos personajes en entredicho (el pasado por su interpretación presente) y emplea unos términos, que funcionan como correlatos objetivos del contexto que se quiere representar y que el lector debe percibir.

El lector se siente al final de la novela como los protagonistas, reflexionando sobre si la lectura le ha conducido a alguna parte, aunque sea a los oscuros recovecos de su interior. El escritor guayaquileño emplea erróneamente las mayúsculas en los títulos de los filmes, como también ocasionalmente sustituye equívocamente la coma por punto y seguido, descuida algunas tildes, pone coma ante conjunción copulativa innecesariamente, escribe algunas preposiciones

donde no hace falta, olvida la cursiva de alter ego y el uso de numerales como treintaiocho (sic) recuerda al de un dislocador de la lengua. Esto evidencia la alarmante falta de revisión del texto.

Estamos ante dos novelas que parecen un ejercicio paronomástico, cuyo rezagado sentido se halla por mera añadidura, novelas irregulares y a la vez diferentes y distantes a su siguiente novela, la premiada *Cursos de francés* (2017), en lo que es un agradecido cambio de fondo, pero no de forma. Sin embargo, Guayaquil sigue marcado a fuego en su narrativa, porque es el telón de fondo de la premiada *Incendiamos las yeguas en la madrugada* (2017) y de su última novela, *El día en que me faltés* (2018), ganadora del VII Premio LIPP de novela y publicada por la peruana Cascahuesos Editores.

*Carlos Ferrer*  
*Academia de Artes Escénicas de*  
*España*

**Jacqueline Goldberg.**  
***Perfil 20,***  
**Caracas/ Chicago,**  
**Digo Palabra, TXT,**  
**2016, 40 p.**

*Hablemos de una sangre*  
*Que no escampa,*  
*Que baste a la luz.*  
Jacqueline Goldberg.

*Atraído por esa viscosa mezcla de vida y*  
*muerte que es la sangre*  
Nelson Simón

Si la poesía es respiro, tal como lo señaló con bastante precisión el poeta y docente Pedro Cuartín, la poesía de la escritora venezolana Jacqueline Goldberg (Maracaibo, Venezuela, 1966), es una suerte de indagación sobre el cuerpo que se establece a partir del discurso poético, y su vinculación directa con las formas y diálogos que se dan desde el propio escenario de la carne y sus reiterados acercamientos hacia esos territorios indescifrables, también por el lenguaje. Una geografía íntima que se manifiesta a partir de una reflexión que igualmente tiende sus redes causales para deshacer lo que es constancia entre ese discurso que aparece a ratos en las sombras, y el otro que se mueve o se nos cruza como la sangre.

Este libro propone una mirada donde los cauces desembocan en escritura,